



VICENTE VALLÉS

TRUMP

Y LA CAÍDA DE LOS CLINTON

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Vallés, Vicente

Trump y la caída de los Clinton / Vicente Vallés. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2017. 352 p. ; 24 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-9973-2

1. Ensayo Político. 2. Elecciones Presidenciales. 3. Estados Unidos. I. Título. CDD 324.973

Trump y la caída de los Clinton

© Vicente Vallés, 2017

© La Esfera de los Libros, S. L., 2017

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: enero de 2017

1ª edición en Argentina: abril de 2017

ISBN 978-950-02-9973-2

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en abril de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	15
1. ¿DE QUIÉN FUE LA CULPA?	23
Los engaños	23
La egolatría y la cena de los corresponsales	26
De visita en el Despacho Oval	32
Papá Fred	33
Y Donald vino al mundo	39
Librarse de ir a Vietnam	41
Trump Tower	42
«Mis proyectos se promocionan solos»	47
Trump, sus deudas, los bancos e Ivana	50
La escena de celos en Aspen	55
El primer divorcio	58
Cuando Donald encontró a Marla	61
La historia con ¡Carla Bruni!	62
La oferta de <i>Playboy</i>	64
Marla y el guardaespaldas	65
Y apareció Melania	68
Los Trump y los Clinton	71
Negocios, caprichos y quiebras	74

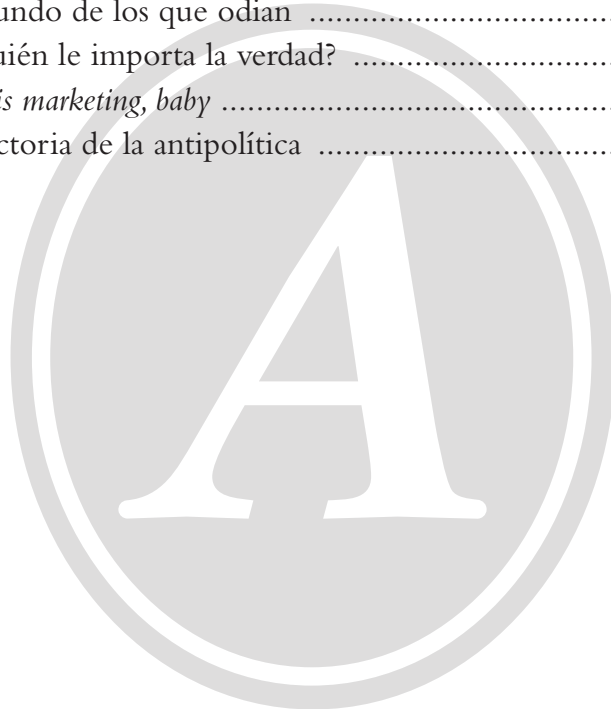
	Cuando los bancos controlaron la vida de Trump	79
	Las cuentas a la luz pública	82
	La imagen de marca	83
	Un presidente multimillonario	84
	Cuando Trump soñó con ser presidente	86
2.	TRUMP Y LOS CLINTON	91
	Los muebles de la Casa Blanca	91
	Regalos por valor de 190.000 dólares	95
	El «vergonzoso» perdón presidencial	99
	¿Dónde está la w?	102
	Cuando Donald llamó a Bill	104
	Y Trump lanzó su candidatura	105
	Nadie pensó que Trump llegaría tan lejos	108
	Obama contra Hillary	112
	Primarias republicanas con diecisiete candidatos	116
	Un no-político entre políticos	117
3.	RUTA HACIA LA CASA BLANCA	121
	Los masones y las convenciones	121
	Un golpe de mano contra Trump	122
	Y Sanders se rindió... por fin	124
	El Senado y el Cónclave	126
	El Quijote Sanders	128
	La brecha en el Partido Demócrata	129
	La decadencia de los republicanos	130
	Y Trump engulló su propia convención	132
	La verdadera noticia del 21 de julio de 2016	134
	La apuesta de Rupert Murdoch	136
	Roger y las mujeres	137
	Hamburguesa de periódico	138
	La inevitabilidad de Trump	139

El acierto de Trump	141
La clase trabajadora de Donald Trump	143
De Trump a Le Pen	144
Lo que nunca íbamos a oír en boca de Trump	145
Pimpinela en vez de Sex Pistols	146
Perdón, ¿a quién?	149
La forma de ir al cielo	152
Las «enfermedades» de Hillary	154
Hillary y la maratoniana	156
Seducir a Jackie Kennedy	160
Pero los sondeos... ..	162
Negros: ¿qué tienen que perder?	164
Deportar a once millones de personas	166
¡Son los blancos, estúpido!	169
El dinero de los Clinton	171
El macartismo entra en campaña	172
Amistades económicas peligrosas	174
Hillary y la satisfacción de Bill	176
4. BILL, HILLARY, MONICA Y LA CONSPIRACIÓN	179
Las mujeres de Bill Clinton	179
Cuando Hillary encontró a Marla	180
Hillary marca su territorio	181
«¿Has estado enamorado de verdad alguna vez?»	183
Marla y la madre de Bill	183
La madre de Monica y las coincidencias	184
Sangre en la cama de los Clinton	185
El pene de Lyndon Johnson	187
Un sistema de alarma en el Despacho Oval	189
La pasión de Bill	190
La beca de Monica	192
El tanga de Monica	193

Cuando Bill y Monica intimaron	195
Del sexo a los «asuntos personales»	198
Monica en la Casa Blanca y Hillary... en Irlanda	199
Otra relación y un aborto	202
La frustración de Monica	203
La mancha en el vestido azul	205
«Esto tiene que acabar»	206
El pene presidencial	207
Monica pide trabajo a Bill	209
Aparece Linda Tripp	210
Proteger al presidente de sí mismo	211
«Sé que es doloroso decirte adiós»	213
Monica, llamada a declarar	214
«Nos besamos apasionadamente»	215
El presidente y la becaria, en Internet	219
El <i>Washington Post</i> en la puerta de Monica	220
«Hillary, no vas a creer esto»	222
Un espía en las filas del enemigo	224
«Ya lo entenderán»	227
La conspiración	228
El amigo Vince se suicida	230
«Becaria guapa, tetona y coqueta»	233
De políticos y abogados	235
Uno de los hombres del presidente	235
El pelotón de fusilamiento	238
Y las estrellas de la televisión, en La Habana	240
Monica y la educación	241
El discurso después del escándalo	243
Un grito en el Congreso	247
La frialdad	253
Y llegó la confesión	254
La «vida privada» de los presidentes	256

El adulterio va por barrios	257
Las votaciones del <i>impeachment</i>	259
«Necesito ayuda»	260
El autocontrol de la prensa	262
5. LA CAMPAÑA	263
Hillary en el <i>Air Force One</i> antes de tiempo	263
Lo que Hillary quería ocultar	264
¡Encarcelen a Hillary!	265
¿Una presidenta «extremadamente negligente»?	267
Lo que cuesta un vuelo del <i>Air Force One</i>	268
¿Salvada por la campana?	269
El papel de Huma	273
Los emails, Anthony y el acoso a una niña de quince años	276
El peligro del tercer candidato	279
El debate, con ocho años de retraso	282
<i>How are you, Donald?</i>	285
«Soy una estrella; hago lo que quiero con las mujeres»	290
Vergonzoso y nauseabundo	293
Del insulto al poder	295
Las revelaciones de WikiLeaks	299
La larga mano del Kremlin	302
6. ¿POR QUÉ?	309
Los votantes de Donald Trump	309
Los sesenta y tres millones de Donald Trump	314
Los hispanos que abandonaron a Hillary	316
Los blancos y el racismo	321
La victoria de los olvidados	323
¿Era Hillary una buena candidata?	324

La noche de Trump	326
El Trump keynesiano	328
Y, sin embargo, Hillary ganó	330
El voto popular <i>versus</i> el Colegio Electoral	331
Y los Clinton se unieron a la teoría conspirativa	334
Y Trump cuestionó la limpieza de las elecciones	336
La era de las mentiras	340
El mundo de los que odian	343
¿A quién le importa la verdad?	345
<i>This is marketing, baby</i>	349
La victoria de la antipolítica	351





A mi familia.



PRÓLOGO

Los expertos conocen el fenómeno como APT. El simple uso de esas siglas pone en alerta a los servicios de inteligencia. Un APT es algo muy peligroso, al menos en potencia. Es una amenaza (*threat*), es persistente (*persistent*) y es avanzada (*advanced*). Y no es un juego en el que participen espabilados jovenzuelos desde el ordenador de su casa, con una máscara de Anonymous. Un *Advanced Persistent Threat* es una serie continuada de ataques cibernéticos con objetivos muy concretos y, lo más importante, dirigida por el gobierno de un país contra otro país, o contra empresas, o contra alguna entidad nacional o multinacional. La palabra es ciberespionaje, y ningún país del mundo ha llegado a los niveles de sofisticación alcanzados por China y Rusia. Disponen de los mejores recursos informáticos y de una organización preparada hasta el detalle desde hace, al menos, una década.

En el caso de Rusia, además, se ha empezado a crear una cierta aureola mística en torno a un grupo de individuos, conocidos en algunos ámbitos especializados como APT29, pero más famosos por el apodo que les gusta utilizar: los Duques. *The Dukes* trabajan al servicio del gobierno ruso al menos desde 2008, cuando el exespía del KGB Vladimir Putin tuvo que ceder la presidencia de la Federación Rusa durante cuatro años, por motivos constitu-

cionales, a su marioneta política Dimitri Medvedev, quedándose como primer ministro a la espera de intercambiar los cargos en 2012, como así hicieron.

Los Duques han operado contra organizaciones criminales que amenazaban a Rusia. Pero también, y sobre todo, son conocidos y temidos por realizar operaciones de ciberespionaje contra otros países, utilizando herramientas de *malware* creadas por ellos y que llevan nombres como OnionDuke, CloudDuke, MiniDuke o PinchDuke. Sus primeros ataques detectados fueron contra los rebeldes chechenos. Pero pronto empezaron a actuar contra gobiernos y entidades occidentales. Lo hicieron, por ejemplo, contra la OTAN cuando empezaron las hostilidades en Ucrania. Disponen de recursos técnicos, humanos y económicos. Estados Unidos lo sabe. Estados Unidos lo teme. Estados Unidos lo sufre.

Desde hace años, el FBI ha tratado de frenar la entrada de estos ciberespías rusos en los servidores de las instituciones americanas. No siempre lo ha conseguido. Para evitar esas invasiones no todo parece tan sencillo como construir un muro en la frontera de México. Los Duques lanzaron ataques sobre los servidores de la Casa Blanca, y del Pentágono, y del Congreso, y de los partidos políticos americanos. No necesitaban enviar agentes 007, para que atravesaran las fronteras con pasaportes falsos, antes de colarse sin ser vistos en las sedes de esas instituciones para hacer fotos con una minicámara. Ahora, los espías están cómodamente sentados en algún remoto lugar de la extensa Eurasia, delante de una pantalla. Sin riesgo y muy efectivo.

¿Ganó Donald Trump las elecciones gracias a los Duques de Vladimir Putin? Igual que ocurre con tantas otras preguntas, la que se acaba de plantear tiene respuesta evidente para algunos (*sí* para sus enemigos, y *no* para sus amigos) y quedará en la duda perpetua para la mayoría. Pero Trump nunca podrá librarse de ella. La pregunta hará dudar para siempre de la limpieza y de la legi-

timidad de su victoria y reblandecerá su legado para la historia, sea cual sea.

De la misma manera, decenas de millones de americanos y cientos de millones de otros ciudadanos del mundo consideran incomprensible que el presidente de los Estados Unidos haya resultado ser el candidato que perdió las elecciones por casi tres millones de votos. Se han dado muchas explicaciones constitucionales sobre las bondades del viejo sistema del Colegio Electoral. Es un método de elección indirecta, como los hay en otros muchos países democráticos del mundo. Con el *Electoral College*, los votantes eligen a los compromisarios de cada uno de los cincuenta estados de la Unión. El número de compromisarios depende de la población de cada estado. Y un candidato consigue el cien por cien de los compromisarios de un estado aunque solo tenga un voto más que su rival. *The winner takes it all*. El ganador se queda con todo.

Donald Trump se quedó con todo, porque Hillary Clinton ganó muchísimos votos allí donde no necesitaba tantos, y dejó de ganarlos allá donde le resultaban imprescindibles. A Hillary no le sirvió de nada doblar el número de votos de Trump en California. Ganó, incluso, en el condado de Orange, al sur de Los Angeles, donde los republicanos habían sido los más votados de forma ininterrumpida desde hacía ochenta años. Para nada. Porque donde Clinton necesitaba ganar era en Wisconsin, y en Florida, y en Ohio, y en Pennsylvania, y en Michigan. Y no lo hizo. O bien porque su campaña fracasó en esos estados, o bien porque los Duques lo impidieron vía internet desde las frías tierras de Rusia.

La visión panorámica de los resultados ofrece un dato muy singular: Hillary Clinton ganó por mucha distancia en los estados tradicionalmente demócratas, aquellos en los que aumentar su ventaja con Trump no le suponía ninguna ayuda suplementaria; pero Trump ganó en todos los estados que estaban en disputa, y en la mayoría de ellos por apenas un puñado de votos.

Millones de americanos, incluidos muchos políticos y periodistas, clamaron por un cambio en el sistema del Colegio Electoral. Pero no hubiera sido necesaria reforma alguna. Bastaba con recuperar el espíritu de su propia creación. *Back to basics*. Alexander Hamilton, federalista de primera hora en el nacimiento de la nación americana, lo explicaba con ojo de visionario en el siglo XVIII. El Colegio Electoral no se creaba para transponer automáticamente el resultado de la votación y, por tanto, confirmar sin más como presidente al candidato con más votos electorales. No, no era eso. El Colegio Electoral se creó precisamente para lo contrario.

En *Los papeles federalistas*, Hamilton tranquilizaba a sus conciudadanos al afirmar que el sistema del Colegio Electoral «ofrece una certeza moral de que el cargo de presidente nunca caerá en manos de ningún hombre que no esté dotado de las cualificaciones necesarias». Y añadía algo que bien pudo ser escrito antes de que el 19 de diciembre de 2016, los 538 miembros del Colegio Electoral refrendaran a Donald Trump: que esos delegados debían ser hombres juiciosos «capaces de analizar las cualidades» de los candidatos. Es decir, tenían que tomar una decisión por sí mismos, no asumir la que les venía dada. Porque «los talentos para la intriga baja, y las pequeñas artes de la popularidad, por sí solos no bastan para elevar a un hombre a los primeros honores del Estado. Serán necesarios otros talentos y otro tipo de méritos para ganarse la estima y la confianza de toda la Unión, o de una porción tan considerable de ella, que le hagan ser un candidato exitoso para el distinguido cargo de presidente de los Estados Unidos». Hamilton y quienes con él sentaron las bases políticas del país consideraban que no se podía dejar la decisión final sobre el presidente solo en manos del pueblo, a través de una elección directa. Se debía, en su opinión, establecer un filtro de personas especialmente capacitadas para discernir si el ganador merecía serlo. Era lo que querían los padres fundadores. Pero el sistema del Colegio Electoral derivó en un mecanismo automá-

tico, no deliberativo, e incluso algunos Estados emitieron leyes para obligar a sus miembros a votar por el candidato ganador en su territorio. Y Donald Trump fue presidente.

Todo lo ocurrido el 8 de noviembre de 2016 nos sitúa ante uno de los procesos electorales más apasionantes y con resultado más increíble en las cincuenta y ocho elecciones presidenciales que se han celebrado en los doscientos cuarenta años de democracia en Estados Unidos. Casi nadie previó lo que iba a ocurrir. Casi nadie quería preverlo. Casi nadie quería creerlo. Casi nadie podía imaginar que el mismo país que había elegido al primer presidente de raza negra iba a elegir después al candidato que se presentaba con un discurso calificado por muchos como racista. Que Donald Trump suceda en el cargo a Barack Obama es mucho más que un sarcasmo de la historia.

Trump ha sido caracterizado de mil formas, y casi ninguna favorecedora. La más repetida (y quizá la más acertada) es la de ególatra. Que Trump siente un amor apasionado por su propia persona es algo que ni siquiera él niega. Lo que caracteriza a un ególatra es, precisamente, demostrar en público el cariño en primera persona del singular. Pero ha sido también calificado como payaso, filonazi o *showman*. Otra descripción muy común es la de populista. Este término sirve para definir a muchos dirigentes políticos, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, y casi siempre se acierta al aplicarlo.

Pero Trump es, sobre todo, trumpista. No tiene un cuerpo ideológico compacto, sin embargo todas las ideas que lanza (muchas de ellas se le ocurren sobre la marcha) tienen ese diseño reconocible que las hace solo propias de él. No son imaginables en boca de nadie más. Por eso Trump es único. Y, quizá por eso, Trump es el presidente de los Estados Unidos.

Quizá, porque fue capaz de aglutinar a su alrededor las ansias de gritar de muchos hombres de raza blanca; ganas acumuladas

durante los años en los que el régimen político dominante era, no el de demócratas o republicanos, sino el de lo políticamente correcto. Trump rompió con eso y Trump ganó la presidencia. Ganó porque recuperó mensajes que habían desaparecido del mercado electoral y que nadie reivindicaba desde hacía décadas. Algunos, desde hacía un siglo. Pero en las elecciones se pudo comprobar que estaban ahí, latentes en amplios sectores de la sociedad americana que habían guardado silencio por miedo a la corrección política. Con Trump volvieron a aflorar. Perdieron el miedo.

Robert Schlesinger, alto cargo de la revista *US News & World Report* e hijo del conocido historiador Kennedy Arthur Schlesinger, ha definido a Trump para este libro como «matón, misógino, fabulador, mentiroso obsesivo y estafador», solo capaz de ganar las elecciones debido al «caprichoso sistema electoral americano, más que por la decisión de sus votantes». «Dos de los tres últimos presidentes americanos —dice Schlesinger— lo han sido en contra del voto popular. Esto no es sostenible y hay que cambiarlo».

Luis Quiñones, asesor de Donald Trump y de evidente origen latino (su abuelo nació en España), nos dice, por el contrario, que «Trump no es una persona tan complicada; se dedica mucho a su familia y es muy leal con quienes le son leales. Tiene mucha imaginación y mucha visión. Sabe delegar responsabilidades. Y sabe enfrentarse con sus rivales, porque tiene mucha experiencia en conflictos con sindicatos, inspectores y contratistas. Para mantener los proyectos bajo control hay que ser duro. Al entrar en política, Trump ha usado esa parte de su personalidad para enviar el mensaje a ese pueblo que está cansado de escuchar promesas falsas. La gente está harta de políticos que solo se preocupan de no herir la sensibilidad de personas con problemas de autoestima». Los complejos no ocupan lugar en el equipo de Donald Trump.

Después de las elecciones, miles de americanos mostraron su arrepentimiento por no haber votado, o por haberlo hecho a par-

tidos menores, en la seguridad de que Hillary Clinton ganaría sin apuros. El arrepentimiento se tradujo en manifestaciones y en recursos ante los tribunales. Querían ganar después de haber perdido. Ni las manifestaciones ni los recursos podían alcanzar su primer objetivo, que era el de deponer al presidente electo antes de que tomara posesión de su cargo. Pero sí podían conseguir, y en buena medida lo lograron, un objetivo menos inmediato, pero de calado más profundo: generar la sospecha de que Trump es un presidente ilegítimo, sin el derecho a gobernar, bien sea por la intervención de los *hackers* rusos, o por la duda sobre el escrutinio de votos en los estados clave, o por el hecho constatado de que Hillary ganó por una enorme distancia en el voto popular, o por la suma de todas esas circunstancias. Y, por tanto, con la vista puesta en las elecciones de 2020, en el intento de convertir a Donald Trump en presidente de un solo mandato. Porque no hay nada peor en política que alcanzar la gloria para perderla a la primera ocasión.

Entretanto, Trump gestionará un país cuya influencia se extiende por el planeta como la de ningún otro. Se presentó ante los votantes americanos diciendo «yo no soy un político». El apóstol de la antipolítica ha alcanzado la más alta posición de poder político en el mundo. Tan simple como Donald Trump. Tan contradictorio como Donald Trump. Tan exitoso como Donald Trump.